

Raúl Hernández Garrido

Abrieron las ventanas



Ediciones
Irreverentes

II Premio Irreverentes de Novela

RAÚL HERNÁNDEZ GARRIDO

ABRIERON LAS VENTANAS

OBRA GANADORA DEL II PREMIO IRREVERENTES DE NOVELA

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Raúl Hernández Garrido, 2009

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Diciembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

Editor@edicionesirreverentes.com

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96115-54-5

Depósito legal: M-49.035-2009

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Composición y diseño de cubierta: Absurda Fábula

Imprime:

Impreso en España.

In Memoriam Jean Ray

Le rêve est une seconde vie.
Gerard de Nerval

El enemigo no está aquí: las sombras.
Leopoldo María Panero

Me había convertido en cómplice de un fantasma.
Jean Ray

Quizá la bombilla sólo servía para llenar de sombras la cabina del furgón, la débil luz vacilando a cada traqueteo del vehículo, amenazando con casi apagarse; quizá los tres hombres encerrados en su interior no fueran conscientes de cómo la brusquedad de la carretera forzaba a sus cuerpos a apretarse y rebotar entre sí. No había comunicación con la parte de los conductores. No veían por dónde iba el vehículo, ni podían prever las curvas, los baches y los bandazos. Simplemente, sufrían los golpetazos que el estado de la carretera y la indecisa marcha de la furgoneta producían.

La bombilla mal iluminaba al hombre que estaba en medio; la mirada perdida buscaba un hueco en el escaso espacio que le dejaban los dos guardianes, antes de volver a hundirse en la oscuridad; ojos que ahora miraban sus manos inertes, unidas por el acero de las esposas, dejándose colgar sin vida.

El guardián a su izquierda jugueteaba con un paquete aplastado de cigarrillos. Lo había abierto poco antes de que le asignaran aquel servicio y, al subir al furgón, el paquete ya se arrugaba, casi vacío, en su bolsillo. Sacó uno y con un golpe del pulgar lo hizo voltear entre sus dedos. El tintineo de las esposas le llevó a mirar al detenido. Al otro lado, su compañero, un veterano a punto de jubilarse, movía los labios, mascullando algo que no se llegaba a oír. Le ofreció el cigarrillo, pero el viejo ni siquiera respondió a su gesto. El novato se encogió sin saber qué hacer con el pitillo. Oyó de nuevo las esposas, y por inercia le ofreció el cigarrillo al otro, al preso. La mano de su compañero le detuvo, aplastando el cigarrillo.

—A éste no.

El recluso no levantó la vista, no dijo nada. Santos Valbuena callaba. Había sido acusado de terrorismo: colaboración con banda armada, colocación de artefacto explosivo en un medio de transporte público con el resultado de diecisiete muertes y más de doscientos heridos graves y muy

graves. Cuando las fuerzas de seguridad le detuvieron —media docena de miembros de los cuerpos especiales rodeándole y apuntándole con todo su armamento— él no mostró el menor gesto de sorpresa, ni hizo ningún esfuerzo por resistirse. La acusación era grave. Era el único sospechoso de haber llevado a cabo uno de los atentados más impactantes de la última década. Hasta entonces, pese a haber estado relacionado en su pasado con grupos de apoyo e información de la banda, no se le habían conocido antecedentes criminales. Era extraño que alguien con su perfil se activara por sorpresa y llegara a ejecutar un atentado de tal envergadura. Pese a ello, todo apuntaba a Santos como único artífice. No hubo fianza para él, nadie salió en su defensa, él no pidió ayuda a nadie. Su interrogatorio fue un trabajo tan fácil como absolutamente frustrante. Él se hizo responsable de todo, admitió todas las acusaciones, aceptó la plena culpabilidad de todos los crímenes que le adjudicaban. En el informe policial se registraba y documentaba cada uno de sus pasos hasta la consumación del atentado. Pero no había nada que pudiera explicar por qué después de tanto tiempo sin ninguna relación aparente con la organización se había integrado en sus actividades de una manera tan violenta y, además, actuando solo. Los intentos de los investigadores por detectar quién más de la organización estaba detrás de todo aquello no tuvieron mayor resultado. Una de las hipótesis con que se trabajaba era que quizá no les mintiera, que en toda la maniobra actuó siguiendo una pauta marcada de antemano por otros y que realmente él se mantuvo ignorante de cuál era el propósito concreto de sus acciones. Que no había intervenido en la idea del crimen ni en su desarrollo intelectual, simplemente siguió órdenes que le habrían llegado de forma anónima, paso a paso, sin saber cuál sería el alcance final de sus actos. Y así, hasta que estos desencadenaron la barbarie del atentado del tren.

Cuando al iniciar la vista oral el Juez le preguntó si se consideraba inocente o culpable, él en silencio se limitó a sostenerle la mirada. Estuvo en su mano conseguir un abogado lo suficientemente hábil como para reducir su condena. Pero Santos no mostró intención alguna por defenderse.

Nadie se encargó de suministrarle un buen abogado. La organización pareció abandonarle a su suerte. De hecho, aparecieron ciertos artículos en prensa cercana a la banda criticando tanto su forma de actuar como su actitud durante la detención y el juicio. Muchos sospecharon que se estaba tapando algo; que él callaba, encubriendo a alguien. O bien, que era víctima de algún complot. Su obstinación para que nadie le ayudara hizo que los pocos que intentaron hacer algo por él fueran dándole la espalda, cansados de ofrecerle en vano su apoyo, de intentar impedir su caída, y asqueados finalmente por la brutalidad de un atentado del cuál nada desmentía que él lo había llevado a cabo. Las televisiones no se privaron de lanzar una y otra vez las imágenes más macabras de las víctimas en los vagones destruidos, montadas con planos en los que se veía su entrada en la audiencia escoltado por la policía.

Acabado el proceso, Santos escuchó en silencio la sentencia del Tribunal. El Juez hizo sus consideraciones y le aplicó la pena máxima. Antes de abandonar la Sala, el Juez lo miró por última vez y no supo si aquel individuo merecía más lástima que desprecio.

Se empeñaba en el silencio, en la pasividad, en no querer recordar y remover el pasado. Ahora era un criminal peligroso. Él mismo se consideraba un monstruo. Se ahogaba en una culpa insoportable y no se atrevía ni a mirarse las manos. Pagando con su condena, creía que podría recobrar la tranquilidad.

En el penal de tránsito, en donde esperaba su destino definitivo, un incidente casi le cuesta la vida. En el patio se le acercó un preso. Un gorila que le doblaba en peso y estatura. Su zarpa le retorció el brazo.

—Aquí dentro sabemos tratar a la gentuza como tú.

En pocos segundos estaba cercado por un grupo numeroso de reclusos. No hubo parte de su cuerpo que dejaran sin machacar. Se acurrucó esperando como una liberación el golpe fatal. Oyó insultos, gritos, gruñidos, los silbatos de los guardias, un disparo al aire.

Al recobrar el sentido se encontraba tendido en la cama de una pequeña habitación de hospital: cuatro paredes sin ventanas, cerrada por una única puerta de hierro. Una funcionaria le comunicó que en breve sería trasladado a un establecimiento de máxima seguridad, cuyo paradero se mantendría en el máximo secreto posible. El lugar donde quizá permaneciera el resto de su vida; donde, eso sí, no volvería a sufrir ningún ataque contra su integridad física. La funcionaria, sombría, descruzó sus manos y alisó su falda con pulcritud. El Estado sabría cumplir con su parte en la condena. En la cara de la mujer, vestida con un traje tan recto como sus rasgos, vio odio, desprecio, asco.

Las heridas cicatrizaron lentamente, y allí comenzó a comprender lo que significa estar a solas consigo mismo y con el tiempo. Durante gran parte de su vida, quizá durante el resto de ésta, no tendría otra cosa que hacer sino ser testigo de cómo el paso de un día tras otro y el aislamiento más estricto jugarían con su cuerpo hasta convertirlo en un montón de

despojos; como si los que le habían condenado quisieran que él sólo viviera para ser testigo de su propia degradación.

Las sombras se movían con mayor frenesí a cada bandazo del vehículo. La lluvia retumbaba sobre el metal del techo. Santos se veía lanzado contra uno y otro guardián, y al chocar con el viejo sentía los herrajes de su cinturón clavándose en su carne.

–En noches como ésta... –aventuró con voz entrecortada el joven, y su codo se hundió en el estómago de Santos, que se dobló sobre sus piernas como un muñeco. El viejo pegó un salto en el asiento, extendiendo todas sus extremidades para luego replegarse como una pelota de goma. Un golpetazo sacudió el furgón, y la bombilla explotó abriendo en añicos la oscuridad.

Deja de correr, agazapándose entre los árboles. Se frota las muñecas, en las que todavía siente el roce de las esposas. El furgón queda muy atrás, volcado sobre la cuneta. En la noche el asfalto de la carretera es una zanja oscura; tiene que abandonarla, lo antes posible.

Poco antes, inmediatamente después del accidente: aún bajo la confusión; esperando, boca arriba, a que todo se pusiera de nuevo en movimiento. Esperar. Y seguir. Sintió un peso insoportable sobre sí. Una masa blanda y pesada se atravesaba inmovilizando sus piernas. Sobre su cabeza las nubes se confundían con la oscuridad de la noche. Le sorprendió ver las estrellas.

Tras el accidente. En un tiempo presente en el que empezaba a perderse la conciencia del pasado. La lluvia caía suavemente, y refrescaba su rostro. Escuchó: el chirrido de una rueda, girando al aire; luego, el silencio. El contacto con el cuerpo inerte del viejo guardián le repelía. Sintió un impulso brutal por escapar de allí. Empujado por la necesidad de sobrevivir. Una nueva e inesperada sensación. No le fue fácil encontrar las llaves de las esposas. Con cuidado, se liberó de la pesada carga que le atrapaba. Se movía a oscuras, sabiendo que se jugaba el todo por el todo.

De un salto, abandonó el furgón, que se sacudió peligrosamente antes de caer sobre un costado. El único faro del vehículo que no había quedado destrozado iluminaba ahora la carretera vacía; nada se movía. Se internó en la espesura, no debía detenerse, tenía que seguir adelante sin que le importara lo escaso de sus fuerzas. Débil, se sentía cada vez más débil. Pero no pensaba. No recordaba. No recordar. Escapar. Los pies siguieron adelante, tropezando cada dos pasos, pero sin detenerse.

Tras la noche. El sol en sus ojos. Un golpe de luz, un resplandor, pero nada de calidez, frío. Tanto frío le hizo estremecerse. Sus ropas estaban empapadas, y pasar la noche sobre la tierra embarrada no le había sido de

mucha ayuda. Algo se movió a su espalda. Algo que estaba acechándole. Se levantó de un brinco, los nervios sobre la piel, pero no había nada. Sintió un mareo, se desvanecía. Tuvo que sostenerse en el tronco de un árbol. Seguir adelante, sobreponerse al lastre del cuerpo. Esta vez no se dejaría atrapar. Miró a su alrededor. No sabía a dónde dirigirse. Hasta donde la vista alcanzaba sólo había árboles. Árboles y lo que éstos ocultaran. El viento agitó las ramas. Por instinto, se agachó, evitando el peligro. El aleteo de un pájaro se perdió sobre la vegetación. Cerró los ojos, apretando los párpados. El sol ya había alcanzado el mediodía, no debía perder más tiempo.

Resbalaba en el barro. Dudaba por un momento y luego seguía adelante, hacia la profundidad del bosque, donde éste se hacía más denso. Avanzaba a ciegas, empujado por todo lo que iba dejando tras de sí, por todo lo que le perseguía. La angustia le impedía detenerse, el miedo a sí mismo era su principal móvil. Caminando sin descanso, intentaba olvidar. Preocuparse sólo en atender las necesidades básicas, beber, comer. Su boca estaba reseca, los dientes a punto de saltar de las encías agrietadas. Se tuvo que detener. Arrancó un puñado de hierba y se lo llevó a la boca, masticándolo con meticulosidad. Inmediatamente, sin que pudiera remediarlo, la náusea le subió por la garganta. Al tener el estómago vacío, no vomitó. Pero la arcada le dejó con menos fuerzas aún. Escupió la masa amarga que le llenaba la boca y con el dedo removió y expulsó las últimas briznas, que se clavaban en el interior de las mejillas. Sintió rabia por la estúpida debilidad de su cuerpo, tan incapaz de aguantar el asco como para dejarle morir antes que asimilar cualquier cosa. Su mente comenzó a convulsionarse. Cerró los ojos, y los volvió a abrir. Los recuerdos llegaban a borbotones. Nada detenía la atrocidad de las imágenes, que invadían por oleadas su cerebro; al final de la vía, los raíles deshechos; los vagones destrozados y quemados por la explosión; los miembros amputados, dispersos por el lugar; la carne abierta y desgarrada, atrapada entre los hierros retorcidos. Los sonidos discordantes, los chirridos, el crepitar de las llamas, las explosiones, los gritos; el olor áspero e irrespirable; imágenes muertas que le cercaban y le hundían en un agujero sin fondo. Sus esfuerzos para sofocar esas imágenes, esos sonidos, tantas sensaciones que le desquiciaban, no servían de nada. Las visiones de pesadilla no se desvanecían tras sus párpados. Cuando abrió los ojos allí estaban las montañas, aún lejanas, esperándole. Le tomaría otro día alcanzarlas. Pero temía que antes caería abrumado por la debilidad y el remordimiento.

A la noche tuvo que interrumpir la marcha. Sabía que debían estar persiguiéndole, pero no quiso dejarse guiar por la luna. Desconfiaba de su luz mortecina, y si caminaba conducido por ella acabaría en manos de sus perseguidores. Examinó cerca suyo dónde podría refugiarse. No había muchos sitios donde buscar amparo. Con cautela, siguió andando, sin avanzar mucho, buscando un lugar seguro para descansar.

Encontró protección en el interior de un tronco caído medio enterrado bajo la hojarasca, apenas la corteza de lo que debió ser un gran árbol. La madera podrida se convirtió en un refugio perfecto para la noche. Pero no logró dormirse: el incesante susurro del bosque le ponía alerta y el hambre le punzaba y atravesaba de parte a parte; como una gran aguja clavada en el abdomen de un escarabajo reseco. Apenas logró dar un par de cabezadas en las horas en que estuvo dentro del árbol hueco.

Antes del amanecer ya estaba en pie. Un resplandor rojizo llenaba todo. El sol apenas se insinuaba tras las montañas. Alzó la mano hacia allí, a modo de visera, intentando calcular la distancia que le separaba de ellas. Bajó su mano rápidamente, asustado de lo que había visto en ella. La mano le quemaba como ajena. Tardó unos minutos en volvérsela a mirar, para comprobar con perplejidad y miedo que no pasaba nada anormal. La primera luz de la mañana, jugando con su imaginación, había cubierto su mano de sangre.

El día llegaba a su fin cuando alcanzó las primeras pendientes. A medida que el sol se elevaba se sentía más indefenso. Cada árbol, cada hondonada, cada sombra, multiplicaban sus temores. La ropa le mordía la piel. El roce del pantalón entre las piernas se convirtió en herida. Los zapatos se resquebrajaban contra las piedras, y las suelas se abrían. Tenía los pies llenos de tierra y la roca del camino abría heridas en sus plantas. Pero no quería mirar atrás y eso le impulsaba, haciéndole forzar el paso.

La espesura del bosque fue gradualmente dejando paso a un páramo despojado de vegetación. Los árboles escaseaban y el terreno se cubría de piedras. Aceleró el paso, no soportaría pasar otra noche en el bosque. No quería dormir de nuevo entre los árboles. No quería despertar otra vez bajo sus ramas. Se detuvo de golpe. Miró lentamente hacia arriba. Volvió a emprender la marcha, arrastrando los pies, hacia la zona en que acababa el bosque. No quería creer aquello que sus ojos le mostraban. Tras los últimos árboles, la piedra se alzaba en una pared rocosa que cortaba de un tajo sus esperanzas. La montaña formaba un obstáculo que parecía imposible de salvar, un muro que le dejaba completamente atrapado. Tardó casi media hora en llegar hasta allá. Sus dedos rozaron la piedra. Palpó solidez, frialdad. Allí se estrellaba su alma. Sus uñas se quebraron al intentar ganar a pulso el muro. A punto de derrumbarse, se agachó abatido y respiró hondo. Izquierda o derecha. A un lado u otro. Eligió a su derecha y rodeando la roca, pegado a ella, siguió en la oscuridad.

Se elevaba poco a poco, teniendo mucho cuidado a cada paso que daba, asegurándose para evitar cualquier error. La lentitud con que avanzaba era desesperante. Pero pasado un tiempo —calculó una hora, aunque sin reloj, y con lo cerrada que estaba la noche, era difícil precisarlo— ya estaba a una altura considerable. Al asomarse al abismo veía empuqueñecerse el suelo a sus pies. Había perdido la seguridad de la tierra firme y cualquier descuido era peligroso: un mal paso podía costarle la vida. Pero ya era tarde para volverse atrás.

Tras una hora avanzando lentamente vio a un par de metros por encima de él una hendidura, y eso le hizo confiar en la existencia de un paso más directo y seguro. No se le pensó mucho. De un salto se aferró al borde de la roca y tensó los músculos. Llegó a apoyar el brazo derecho, pero fue resbalando, vencido por el peso del cuerpo. Pataleó inútilmente bus-

cando donde sostenerse y se escurrió, reculando por el estrecho sendero por el que había avanzado. Sin fuerzas, sin haber comido nada ni casi bebido desde hacía dos días, y aún se le exigía un esfuerzo más. Se sentía víctima de un castigo sobrenatural. Condenado a una tarea imposible e inacabable, obligado a vivir. Pero no se iba a detener aquí. Esto no iba a impedir que luchara por salir adelante, no iba a dejarse vencer. Se levantó contra la pared y gritó. Con un salto logró agarrarse a la arista y con un esfuerzo que no habría podido imaginar un momento antes, se alzó afianzándose sobre los codos. Medio cuerpo colgaba en el aire, y su pecho se despellejaba contra la roca. Poco a poco, arrastrándose, fue ganando terreno, intentando no hacer caso al tirón de la gravedad, al dolor y a la piel desgarrada por la roca. Primero una pierna, un empujón; por fin, todo el cuerpo, hasta estar a salvo.

Allí tendido, la cara contra la tierra, le asaltó la idea de quedarse así toda la noche, saboreando ese mínimo reposo al que pronto, lo sabía, tendría que renunciar. Su respiración se fue calmando hasta ser un gemido bronco. Pensó en un lecho de plumas, en una cama, en un cuarto sin rejas.

Las nubes, altas y ajenas a todo, pasaron por encima del cuerpo inerte. Su pierna, con un movimiento reflejo, se estiró con un pataleo débil. Hubiera sido difícil adivinar, tras la inmovilidad de aquel cuerpo agotado y caído, la lucha que se debatía en su interior. El perseguido, tendido sobre la tierra, dejaba pasar los minutos, sufriendo su transcurso segundo a segundo. Había logrado superar esta prueba, pero cuántos desafíos más le esperarían. Y cada uno de ellos superaría a cualquiera de los anteriores.

No era momento para descansar, todo el tiempo del mundo le era necesario. No era momento para descansar.

Una nube blanca inundó su mente, y su cuerpo se vio invadido por la debilidad. Un picor suave y agradable se extendió por sus pies, por sus manos, por su cara, invadiéndole completamente. Los músculos se distendieron, todo su cuerpo se fue aflojando. Las rodillas se doblaron y los ojos se cerraron mientras que, poco a poco, sin sentirlo, el sueño se iba

tomando posesión de él. Su mano se cerró en el aire, aferrando el suave y engañoso vacío. Escuchó el pitido insoportable. Pero quién le iba a prestar atención, a estas horas, aunque el pitido, cada vez más agudo y más cercano, empezaba a ser demasiado molesto como para ignorarlo. Si se levantara, si cerrara bien la ventana y, luego, siguiera durmiendo. Si así dejara de escuchar el pitido que se acercaba. No, no había ventanas. No tenía por qué cerrar ninguna ventana, no había posibilidad alguna de cerrar nada. Si pudiera, entonces. Seguir. No estar perseguido. Libre, dormir.

Sus ojos se abrieron de par en par. Ya estaban tras sus pasos, pero esta vez él no iba a dejarse atrapar. Sintió la angustia de la persecución en su garganta, y el ahogo de un peso enorme en su pecho. Pero, ¿y si se engañaba? ¿Y si le habían dado por muerto, y realmente no había ninguna persecución? Tenía que calmarse, no dejarse llevar por una obsesión que podía ponerle en peligro y acabar costándole la vida. Se sintió asaltado de nuevo por el agotamiento. Así no iría muy lejos. Una huida no era simplemente echarse a correr, sino pensar con cuidado en cuál sería el paso siguiente. Si seguía corriendo, escapándose sin saber muy bien de qué, muy pronto desfallecería, agotadas todas sus energías, incapaz de levantarse. Por eso, antes de lanzarse de nuevo a la carrera, debía pensar, trazar un plan, esperar. Sería mejor reservar fuerzas, descansar. No tenía ninguna prisa. No había ninguna necesidad de matarse de esa manera. Descansar. Olvidarse y pasear por el césped recién cortado, tumbarse en la hierba, rodar por la suave pendiente, hacia abajo. El sol se filtraba a través de la celosía de ramas y hojas entrelazadas. Ya no quemaba. Bajo la sombra sentía un frescor que le devolvía a la vida. El chirrido de los insectos agujereaba el cielo.

Un ladrido lejano.

Abrió los ojos. La luna impasible espiaba su quietud. En el aire, bajo la capa del silencio, aún temblaba la amenaza del ladrido. Se puso en pie. No sabía cuánto quedaba de noche, pero los que le buscaban no debían estar lejos.

El débil brillo de la luna declinaba en una penumbra sucia. Aunque quizá era dentro de sus ojos donde su luz, resplandor amarillento, moría para siempre. Santos perdía pie y resbalaba. Quizá la luz había dejado de tener sentido para él desde hacía ya mucho tiempo. Recobraba el paso por unos metros, y luego volvía a caer sofocado. Aunque la oscuridad le favorecía, comenzaba a temer que ésta fuera su última noche, que no llegara a la mañana siguiente.

Según se acercaba a la cumbre, de la tierra carbonizada brotaban negros los troncos de los árboles. Calcinados por algún incendio, la madera quemada se retorció en nudos informes. Esqueletos gastados, las ramas chocaban entre sí, sacudidas por el viento. Alzando esos brazos deformes a la noche, los árboles no se alteraban por la huida de Santos. Él tampoco quería dejarse impresionar por sus formas amenazantes. Sólo quería descubrir un paso entre ellos que le pusiera a salvo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se detuvo. Desde el entramado de ramas secas un espectro pálido le miraba. Dos cavidades de fría fosforescencia se clavaban en su cuerpo. Dos ojos muertos en cuyas concavidades vacías yacía atrapada la luz que le faltaba a la luna. Pero aquella mirada no era la de ningún ser fantástico, ningún fantasma que viniera desde el más allá para asediarse. Era simplemente un pequeño depredador que medio oculto en un árbol seco buscaba comida. Una ave nocturna que no llegaría a entender qué hacía allí un hombre solo, en mitad de la noche. Intentando sobreponerse al pavor, Santos cogió una piedra y se la tiró apuntando entre los ojos. La lechuza extendió sus alas y voló sobre el bosque quemado trazando una estela pálida. Entre los crujidos de madera seca y el gemido del viento le llegaron, aún distantes, los ladridos, y supo que ya estaban sobre su pista. Si permaneciera quieto, si le encontraran allí, sin él oponer resistencia alguna, si alzara las manos esperando las esposas...

Cada ladrido empezó a dolerle como dientes que hurgaran bajo su piel. No cabía plantearse la necesidad de la huida. La huida era en sí necesidad y fluía por cada uno de los poros de su piel. Sus piernas fueron más veloces que su mente. Se convirtió en máquina de instinto, su vida le empujaba a luchar para sobrevivir. Rápido, más rápido. Los árboles se precipitaban contra él, sus troncos se estrellaron contra su cuerpo, pero eso no disminuía la carrera. Deprisa, vamos.

Un haz de luz barrió la espesura. Algo aprisionó su pie y cayó de bruces contra el suelo. Se levantó de inmediato, ignorando el dolor. Se había cortado los labios y su boca se llenó del sabor de su propia sangre. Apretó los dientes y reemprendió la carrera. No había avanzado mucho cuando una densa muralla de maleza se interpuso en su huida. Las zarzas, alzándose por encima de su cabeza, se enredaban entre sí hasta no dejar un resquicio libre. No había otra salida que precipitarse contra los espinos, reventarse las manos contra sus nudos, arrasar su rostro contra la trampa. Tragado por la vegetación, braceaba y golpeaba con todo su cuerpo, luchando por hacerse paso. Mantenía los ojos cerrados con fuerza. Prefería avanzar a ciegas antes que abrirlos. Temía que quedaran arrancados, atravesados en las zarzas. Las púas abrían la carne, la sangre manchaba las ramas y éstas la absorbían ansiosas, como si fueran savia nueva para ese monstruo vegetal. Clavados los espinos a su piel, sentía que su rostro se desfiguraba como una máscara deforme. Se alzó, extendiendo los brazos. Deprisa. Un último esfuerzo. Con un empujón logró alcanzar el otro lado.

Un clamor resonó en sus oídos. Todo se agitó en un temblor apocalíptico. Su cuerpo, el suelo y el cielo. Arriba, el redoble de una legión de ángeles. Abajo, el caos. Las copas de los árboles, forzadas, se postraron hasta besar el suelo. Desde lo alto una columna de aire, como torre de mármol, golpeó la tierra y se hundió en ella. La luz. El resplandor de cien soles, con el que el helicóptero escudriñaba cada rincón del monte. Santos no tuvo tiempo de buscar refugio y el foco le alcanzó, cegándole. De pie, sin moverse, la luz le inundó. El ojo del reflector resbaló sobre su cuerpo

minuciosamente, examinando los jirones de su ropa, cada uno de sus cabellos, los recovecos de su piel, la estructura íntima de la más recóndita de sus células. El helicóptero se detuvo, vaciló por un momento, para luego tomar altura y volverse a perder tras la noche.

¿No le habían visto? ¿No estaba hecho de carne, de materia tan evidente como la de la roca contra la que había luchado? ¿O es que había dejado su cuerpo atrás, olvidado, en la escapada, y él no era consciente de que ya todo había acabado?

Nada había acabado aún. No era transparente. Frente a él, a apenas un metro del suelo, dos ojos relucientes sabían muy bien cuál era su presa. El aliento de la bestia le ahogaba; y la cercanía de aquellas fauces abiertas le provocó repugnancia y pavor. Hombre y animal cara a cara, enemigos calculando uno sus últimas posibilidades mientras el otro preparaba sus colmillos. Estudiándose en las tinieblas, sofocando el más ligero movimiento e intentando adivinar el momento en que alguno de los dos rompiera la espera.

Santos aguantó el grito. Los dientes de la bestia se clavaban en su brazo, sin que el hombre pudiera hacer nada para evitarlo. Rodaron sobre la hojarasca, cuerpo contra cuerpo. A cada dentellada las fauces estaban más cerca de su cuello. Le ahogaba el aliento del animal, caliente y denso de un aroma dulzón a carne podrida. Forcejeó con aquella masa de músculos tensos y entrenados, contra cuya fuerza y agilidad sabía que no tenía nada que hacer. El perro, sintiendo que el huído era ya presa suya, jugaba con él mostrándole los dientes, aunque sin intención de morderle; disfrutando de la inteligencia o la mala humanidad de divertirse causando miedo y provocando dolor. Santos, sosteniéndole por el cuello, apenas podía mantenerse a salvo de sus fauces. Le agarraba por el pelaje, pero éste se escurría entre sus dedos y el hombre sentía que las fuerzas le fallaban. Agotado, dándole todo por perdido, su atención se concentró en los ojos del animal. Tras la humedad de su córnea se movían por dentro del globo ocular sombras sin forma. Desde la oscuridad del instinto y desde tiempos olvidados se acercaban a la superficie rostros deformes para observar a aquel hombre a

punto de sucumbir. Observarían desde ese mar de sombras el rostro desencajado del hombre, la misma cara pálida y cansada que él podía ver reflejada en los ojos del animal. El perro se separó por un instante, buscando un resquicio para asestarle el golpe definitivo. Pero de forma imprevisible, el animal falló y sus mandíbulas se cerraron en la nada. Santos no dejó pasar esta oportunidad y sorprendió a la bestia. Con un empujón, echó al animal contra el suelo y sin darle tiempo a removerse más le sujetó por la garganta. Los dientes del perro se movieron sin suerte. Su cuerpo nervudo no supo liberarse de las manos del hombre, menos vigorosas, pero movidas por la fuerza de la desesperación. Los dedos de Santos apretaron en su carne, cada vez más profundamente, hasta que la resistencia cesó y un estertor le hizo saber que por esta vez había salido adelante. Levantó la cabeza del perro y la aplastó contra la piedra. El animal se agitó blandamente antes de ser un despojo. Santos se levantó, dejando caer al perro muerto a sus pies.

Pero aquello distaba de ser una victoria completa. Se frotó las manos en la corteza de un árbol, intentando librarse de los restos de la lucha, de la viscosidad de la sangre, las babas del animal, de su propia sangre. Ahora había sido un perro, pronto tendría una docena cercándole, ladrando amenazadores y, tras estos, las metralletas apuntándole. La sangre pegajosa se secaba en sus manos. Volvió a frotárselas contra la camisa. Los dedos se adherían entre sí, por mucho que se los frotara.

Apenas reanudó la fuga la sombra de la Mansión ocultó las estrellas.

Tuvo un sueño:

La puerta se abrió. La amenaza que le perseguía era demasiado cercana como para despreciar aquella posibilidad de escape. Entró y la Mansión le acogió. Su interior encerraba un olor fuerte a humedad y abandono. Un golpe seco a su espalda: la puerta quedó firmemente cerrada. Nadie la había empujado, no había viento que justificara ese portazo, ni tampoco causa razonable para el escalofrío que subía por su espalda, hasta erizarle el vello. Lo más lógico ante aquel escondite inesperado hubiera sido experimentar una sensación de alivio, y sólo moverse por la lógica del perseguido —ocultar las trazas del escondite, sin plantearse los peligros del nuevo encierro—. Por eso entró en la Mansión, pese a que sus pasos tuvieran como guía la triste y engañosa luz de la luna. Luz frágil y pobre. Luz débil y aún más débil al ser atenuada por ventanas recubiertas de polvo y telarañas y enredarse en cortinas desgarradas por el abandono. Luz pálida, enferma, incapaz de despejar las tinieblas del interior.

Santos supuso que allí donde la oscuridad se espesaba había muebles, objetos, cosas: una mesa demasiado grande; un aparador sin utilidad; la forma alargada de un piano, que había perdido toda su elegancia en la casa deshabitada, sus teclas rotas, el barniz gastado; un sillón, sillas y mesas pequeñas, muebles olvidados en el desorden, trampas en su recorrido. A cada paso que daba el polvo se alzaba, sofocándole, agarrándose a su garganta. Se tapó boca y nariz con las manos, no fuera a estornudar o toser, no fuera a delatarse ante sus perseguidores por algo tan ridículo.

Nada se movía en la casa. Ni siquiera la sombra negra que se alzaba ante él impidiéndole el paso. Quieta, imparable, inamovible. Ya era tarde para agacharse, para buscar dónde esconderse. Golpeó apretando los puños y el vigilante, con un grito ronco, puso en alerta a la casa. La madera se quebró y